

hombre hábil removía todos los resortes del negocio sin aparentar tener mas parte que un simple particular animado solamente por el zelo del bien público: hacia como que dudaba si su amo querria entrar en él, á causa de la repugnancia natural que tenia por las empresas arriesgadas y que piden mucha aplicacion y seguimiento. Hacia nacer sobre esto algunas dificultades que sirviendo para alejar las sospechas de su inteligencia con el duque, no eran bastante grandes para desanimarlos, antes al contrario, eran propias para excitar su ardor y empeñarlos mas y mas.

En vista del aviso de Pinto partió el duque algunos dias despues de Villaviciosa y llegó á Almada que es un castillo inmediato á Lisboa de que está separado por el Tajo, como si naturalmente continuase el curso de la revista que hacia en todas las plazas del reyno. Llevaba un tren tan suntuoso, é iba acompañado de una escolta tan numerosa de personas de título y oficiales de guerra, que mas parecia

un rey que toma posesion de sus estados que un simple gobernador de provincia que visita las plazas de su gobierno. Hallándose tan cerca de Lisboa, no pudo dispensarse de ir á rendir sus respetos á la vireyna: á su entrada, el gran patio del palacio y todas las avenidas se hallaron llenas de un pueblo inmenso que se apresuraba para verle pasar: toda la nobleza se reunió al duque para acompañarle á casa de la vireyna, y fué una fiesta pública en toda la ciudad; extendióse al verle tanta alegría en los espíritus, que no parecia faltar al pueblo en aquel dia sino un heraldo para proclamarle rey, ó á él mismo la resolution para atreverse á ponerse la corona sobre su cabeza.

Mas este príncipe era demasiado hábil y prudente para confiar tan importante proyecto á los ímpetus de un pueblo ligero é inconstante; conocia la distancia que hay de los vanos aplausos á que se abandona fácilmente un pueblo, á aquellos movimientos constantes que se necesitan

para sostener una empresa tan ardua. Así, despues de haberse despedido de la vireyna se retiró á Almada sin querer apearse en el palacio de Braganza ni aun atravesar la ciudad, por no incomodar á los Españoles que ya estaban bastante alarmados con las demostraciones del pueblo.

No dejó Pinto de hacer observar á sus amigos la tímida precaucion de su amo, diciéndoles que era necesario valerse de su mansion en Almada para explicarse con él y hacerle un especie de violencia para que admitiese la corona y asegurase de este modo la salud del estado. Los conjurados habiendo aprobado su parecer, le encargaron obtubiese de su príncipe una hora favorable para hacerle la proposición, cuya comision no tubo pena en aceptar. El duque de Braganza consintió á esta entrevista, á condicion sin embargo de que no habria mas de tres conjurados en la conferencia, no teniendo por conveniente explicarse con mayor número de personas.

Miguel Almeida, Antonio Almada, y

Mendoza, se dirigieron á su casa en la noche siguiente, y habiendo sido introducidos secretamente en el gabinete del príncipe, Almada, que llevaba la palabra por los demas, le pintó con los mas vivos colores el infeliz estado del reyno, en el que todas las clases tenian igualmente que sufrir de la injusticia y de la crueldad de los Castellanos, que aun él mismo siendo príncipe, no estaba á cubierto de sus atentados, y que era demasiado ilustrado para no apercibirse de la aplicacion del ministro para perderle: que el único asilo para escapar á sus persecuciones era el trono, y que para conducirle á él estaba encargado de ofrecerle los servicios de un considerable número de personas de distincion que sacrificarian gustosos sus bienes y aun estaban dispuestos á exponer sus vidas por vengar la nacion de la tiranía de los Castellanos.

Hízole observar que ya no se estaba en los tiempos de Carlos V y de Felipe II; en que los Españoles daban leyes y se ha-

cian temer de casi toda la Europa; que esta monarquía que en otro tiempo abrazaba tan vastos proyectos, tenia ya mucho trabajo en conservar su antiguo dominio, viéndose atacada y á veces bñtida por los Franceses y los Holandeses que le hacian la guerra; que la Cataluña sola ocupaba todas sus fuerzas; que se hallaba sin tropas considerables, sin dinero, y gobernada por un príncipe débil que se dejaba gobernar él mismo por su ministro, odiado de toda la nacion.

Tambien le habló de la alianza y proteccion que podia esperar de los príncipes de la Europa, enemigos naturales de la casa de Austria; que la Holanda y la Cataluña indicaban lo que se debia esperar de un ministro (1) cuyo genio sublime y elevado parecia aplicarse únicamente á la ruina de la casa de Austria. En fin que hallándose el reyno libre de la mayor parte de las guarniciones castellanas, que el rey de España se habia visto precisado á re-

(1) El cardenal de Richelieu.

tirar para engrosar su egército de Cataluña, no podia el duque hallar una ocasion mas favorable para hacer valer sus derechos, poner en seguridad sus bienes, su casa y su vida; y rescatar su pais de una esclavitud y tyranía insoportables.

Este discurso era, como puede juzgarse, muy agradable al duque de Braganza; pero conteniéndose en su carácter frio y moderado, graduó los términos de su respuesta á los diputados, de manera que no aumentaba sus esperanzas ni les quitaba en nada las que tenian. Dijoles, que convenia con ellos en el estado deplorable á que los Españoles habian reducido el reyno, y que él mismo no estaba fuera de peligro; que era muy loable el zelo que manifestaban por el bien de su patria, y que él particularmente les agradecia infinito por la parte que tomaban en favor de sus intereses; pero que reflexionando bien, dudaba que fuese tiempo de pensar en remedios tan violentos, cuyas resueltas eran terribles cuando no se conseguian enteramente.

A esta respuesta, que no quiso hacer mas positiva, acompañó unos modales tan cariñosos y unas gracias tan expresivas á cada uno en particular, que conocieron muy bien que su diputacion habia sido acogida agradablemente; pero que, fuera de esto, no debian esperar que el príncipe diese otro paso en la empresa que el de dar su consentimiento cuando la hubiesen puesto en oportunidad, y que su éxito no fuese dudoso.

Despues de haber acordado varias medidas con Pinto, se volvió el duque á Villaviciosa, lleno de inquietudes que todavía no habia conocido y que no le permitieron conocer los placeres que habia gozado hasta entonces en la vida privada. Apenas llegó, comunicó á su esposa la duquesa las proposiciones que le habian hecho. Era esta princesa española de nacimiento, hermana del duque de Medina-Sidonia, grande de España y gobernador de Andalucía; habia nacido con una inclinacion por todo lo que parecia

grandioso, y esta inclinacion se habia convertido poco á poco en una pasion desmedida por la gloria y la elevacion. El duque su padre que habia conocido lo que podia esperarse tanto de su talento como de su valor, habia cuidado de cultivar su bello natural con una singular aplicacion, poniendo á su lado personas hábiles que la habian inspirado sentimientos llenos de esta ambicion que se considera en el mundo como una virtud noble y como la primera de los príncipes (1). Ella se habia aplicado á distinguir los diferentes caracteres de las personas, y á adivinar, bajo un exterior fino y delicado, los sentimientos mas ocultos de los que ella trataba, con cuyo estudio se habia hecho tan hábil y penetrante, que no habia nada oculto para ella en el pecho de los cortesanos mas disimulados,

(1) *Ad hæc, politicas artes, bonos et malos regiminis dolos, dominationis arcana, humani latibula ingenii, non modò intelligere mulier, sed et pertractare quoque ac provehere, tam naturâ quàm disciplina mirificè instructa fuit. Caet. Passar. de Bello Lusitano.*

y en una palabra, no le faltaba valor para emprender las cosas, con tal que le pareciesen grandes y gloriosas, ni luces para encontrar el medio de conseguirlas. Sus modales eran nobles, desembarazados, y llenos de cierta dulzura magestuosa que inspiraban amor y respeto á cuantos la miraban.

Habia tomado los estilos de Portugal con tanta facilidad que parecia nacida en Lisboa : habiase aplicado desde luego á ganar el afecto de su marido, lo que consiguió perfectamente por la austeridad de su conducta, por una devocion sólida y por una deferencia perfecta por la mayor parte de sus gustos. Despreciaba los placeres que forman la diversion de las personas de su clase y de su edad, y solo se ocupaba, aun en sus horas de recreo, de cosas que podian adornar su talento y rectificar su espíritu.

El duque de Braganza, que estaba encantado de poseer una persona tan completa, tenia por ella una perfecta estima-

cion y confianza, y no emprendia nada sin consultarla, por cuya razon se habia detenido en comprometerse demasiado en aquel importantísimo negocio, hasta haber tomado su parecer y consultado detenidamente con ella.

Descubrióle pues el plan de la conjuracion, los nombres de los conjurados, el ardor que estos manifestaban para llevarlo al cabo, y lo que habia pasado en Lisboa y en la conferencia de Almada : añadió, que sobre la noticia del viage á Cataluña, habia presentido que la nobleza estaba resuelta á sublevarse antes que salir del reyno, y que era de temer, si él se reusaba, que llevasen sus miras de otro lado y sobre otro gefe. Que sin embargo, no podia menos de confesar que lo inminente del peligro le arredraba ; que cuando habia visto de lejos el proyecto de alzarse con el trono, esta idea halagueña de grandeza se habia apoderado agradablemente de su espíritu, pero que debiéndose ahora tentar la fortuna y correr todos los riesgos

de tan peligrosa empresa, no podia considerar sin algun espanto, los males á que se exponia él y toda su familia : que habia poco que fundar en el humor del pueblo inconstante á quien la menor dificultad desanima y disipa fácilmente; que no era suficiente el tener la nobleza de su parte si no estaba apoyada por los grandes del reyno, pero que lejos de creer que estos entrasen en sus intereses, tal vez le saldrian al encuentro como sus mas crueles enemigos, pues la envidia natural en los hombres no les permitian hacer su señor del que era su igual.

Estas consideraciones, unidas á las del poder del rey de España y de la poca seguridad que hay en confiar en los socorros extranjeros, contrapesaban en el alma de este príncipe la pasion que tenia de reynar; mas la princesa cuya alma era mas firme y mas viva su ambicion, entró perfectamente en el proyecto de la conjuracion, y la vista de tan grande empresa sirvió á excitar su valor y despertar sus deseos de elevacion.

Preguntó al duque (1), « que en el caso de reusarse y de que el Portugal se hiciese república, ¿ qué partido tomaria entre este nuevo gobierno y el rey de España? » El duque la respondió, « que toda su vida estaria inviolablemente unida á los intereses de su patria. — Vuestra resolucion, le dijo la duquesa, me suministra la respuesta que debo daros y que vos mismo debéis dar á los diputados de la nobleza, y pues que convenis en exponeros á los mayores peligros en calidad de súbdito de la república, ¿ quanto mas útil y glorioso os será el probar fortuna para defender una corona que os pertenece y que el pueblo y la nobleza quieren poneros en la cabeza? En el estado de calamidad á que los Castellanos han reducido el Portugal, no es permitido á un hombre de vuestra clase y calidad el permanecer en la indiferencia; vuestros hijos y toda vuestra posteridad tachará vuestra memoria, como

(1) Hay autores que atribuyen este pasage á Paës, secretario del duque de Braganza.

una cobardía indigne de su sangre, de no haber aprovechado una ocasión tan favorable. »

Después exageró al príncipe la dulzura de reynar en un país en que solo obedecía con temor, los encantos de la corona y la facilidad de apoderarse de ella; que aun cuando no tubiese el socorro extranjero que se le ofrecia, él era ya bastante poderoso en Portugal para hechar á los Españoles, sobre todo en las circunstancias de la sublevacion de Cataluña. En fin supo mostrarle de tal modo el brillo de la corona, que le determinó enteramente, aunque entró en la especie de que dejaria engrosar el número de conjurados, antes de declararse, y de no aparecer abiertamente en el proyecto hasta el momento de su egecucion.

Entretanto, no estaba sin inquietud la corte de España: las extraordinarias demostraciones de júbilo que el pueblo de Lisboa habia manifestado á la vista del duque de Braganza, habian hecho la mas

viva impresion en el ministro, que comenzaba á sospechar que se reunian en Lisboa algunas asambleas secretas; y ciertos rumores, que por lo comun marchan sordamente á la cabeza de los grandes acontecimientos, aumentaban mucho su desasosiego.

El rey tubo varios consejos sobre este particular; resolviendo para quitar á los Portugueses toda esperanza que pudiesen tener de sublevarse, el hacer venir inmediatamente á Madrid al duque de Braganza, único gefe á quien se podia temer en el reyno. El Conde-Duque le envió un correo diciéndole que el rey queria ser instruido por su boca y conferenciar con él sobre el estado en que se hallaban las tropas y las plazas de Portugal; que todos sus amigos le deseaban en la corte, y que no debia dudar seria recibido con toda la distincion debida á su mérito y á su nacimiento.

Un rayo no le hubiera sorprendido tanto como esta noticia. La solicitud y los diferentes pretextos que se empleaban para

sacarle de Portugal le confirmaron en la idea de que se atentaba contra su persona, y que su pérdida estaba decretada : ya no le atacan con empleos ni con caricias fingidas , sino con órdenes terminantes á que seguiran la fuerza y la violencia si desobedece. El temor de verse vendido por una traicion se apoderó de su espíritu , y así como aquellos que formando grandes designios en su cabeza , creen que todo el mundo aplicado á sus acciones , adivina siempre sus secretos, así este príncipe hábil, pero un poco tímido y desconfiado, se creyó sumergido en las mayores desgracias.

Sin embargo , para ganar tiempo y tener el de advertir á los conjurados del peligro en que se hallaba , despachó á Madrid , (previo el parecer de la duquesa su muger), un gentil-hombre de su casa , hombre fiel y de talento, para asegurar al ministro, que iba inmediatamente á trasladarse á la corte; mas hábiale ordenado secretamente , que de tiempo en tiempo, tórnase varios pre-

textos para excusar su tardanza , pretendiendo de este modo prevenir la tempestad y apresurar entretanto la conspiracion.

Apenas este enviado llegó á Madrid que aseguro al rey, y al primer ministro, que su señor le seguia : arrendó un gran palacio que hizo amueblar magníficamente, tomó un número considerable de criados á quienes dió sus libreas en seguida : hacia todos los dias gastos excesivos , y finalmente no olvidó nada para hacer creer que el príncipe llegaria muy pronto, y que queria parecer en la corte con todo el esplendor de su nacimiento.

Algunos dias despues fingió haber recibido aviso de que estaba gravemente enfermo ; acabado este pretexto, que no podia durar mucho tiempo , presentó un oficio al ministro pidiéndole en nombre del duque su señor , que S. M. se sirviese designar el rango que aquel deberia ocupar en la corte. Pensaba que este asunto se prolongaria mucho tiempo , por la oposicion de los grandes que podrian intervenir para

sostener sus derechos; mas el ministro á quien todas estas dilaciones se hacian sospechosas, aplanó todas las dificultades, hizo que el rey decidiese en su favor y de un modo que debía serle el mas honorífico: tal era su deseo de hacerle salir de su pais y de verle en Madrid.

A penas supieron los conjurados las órdenes que el duque habia recibido de la corte, que temerosos de que adierese á ellas con demasiada condescendencia, diputaron inmediatamente á Mendoza para tranquilizarle, y determinarle al mismo tiempo á tomar su partido con resolucion. Hicieron eleccion de aquel caballero, por que siendo gobernador de una plaza inmediata á Villaviciosa, el pretexto de ir á su gobierno ocultaba á los Españoles la secreta intencion de su viage. Hizo de modo de encontrar al príncipe cuando estaba cazando, y habiéndose introducido en el bosque y detenidos en un sitio retirado, Mendoza le manifestó el peligro á que iba exponerse trasladándose á la corte;

que arruinaba la esperanza de la nobleza y del pueblo entregándose con demasiada confianza en las manos de sus enemigos; que habia un número considerable de gentilhombres, resueltos á sacrificar sus bienes y sus vidas para su servicio, y no esperaban sino su beneplácito para romper; que habia llegado el momento en que era necesario elegir entre la muerte ó la corona, que no se podia esperar mas tiempo; pues no debía dudar que un negocio de tal importancia, extendido ya entre tantas gentes, vendria al fin á noticia de los Españoles. El duque le respondió, que entraba en sus sentimientos, y que podia asegurar á sus amigos que estaba enteramente resuelto á ponerse á la cabeza.

Volvióse Mendoza á su casa para disipar toda sospecha que su viage hubiese podido causar; contentóse con enviar á decir á los conjurados que se habia encontrado en una cazería, que la caza se habia hecho seguir mucho, pero que al fin se habia hecho buena pilla. A pocos dias partió para Lis-

boa , donde comunicó á los amigos el suceso de su viage y que el príncipe llamaba á Pinto (1); al cual hicieron partir con todas las instrucciones necesarias para informarle del plan y de los medios de su egecucion.

Pinto (2) le hizo saber á su llegada, que la corte de Lisboa estaba seriamente embrollada; que la vireyna se quejaba altamente de la insolencia y orgullo de Vasconcellos; que ya no podia sufrir que todos los pliegos de la corte de España le fuesen dirigidos, mientras que ella, revestida con un título ilusorio, permanecia sin funciones y sin autoridad. Sus quejas eran tanto mas fundadas, quanto que era una princesa de un mérito el mas distinguido, y que se conocia capaz de cumplir dignamente toda la extension de su elevado puesto; pero no observaba que su mismo mérito y su grandeza de alma eran la causa principal de que se la atendiera tan poco

(1) Nov. 1640.

(2) *De Bello lusit.*, t. 1, p. 22.

en el gobierno. Pinto hizo observar á su amo cuan favorable era á sus designios esta mala inteligencia, que no podia tomar una coyuntura mas feliz que la que le proporcionaban las disenciones de la corte; pues ocupaban demasiado la atencion del ministro de España para observar sus acciones.

El duque de Braganza habia vuelto á caer en sus irresoluciones ordinarias en quanto se marchó Mendoza : quanto mas se empeñaba el negocio, mas aumentaba su incertidumbre. Pinto hizo quanto pudo para sacarle de esta incertidumbre, y uniendo las amenazas á sus razones y súplicas, le declaró que de todos modos se le proclamaría rey sin que pudiese sacar otro fruto de su irresolucion que el de correr un peligro mas grande y hacer mayores pérdidas. La duquesa su esposa unió sus ruegos á los de aquel fiel criado, echándole en cara su cobardía en preferir la seguridad de una vida caduca á la dignidad real. Avergonzado el duque de manifestar

menos valor que una muger , se redujo á sus reproches y razones ; pues al mismo tiempo le excitaba con la mayor presura aquel caballero que habia mandado á Madrid : este le escribia todos los dias que ya no podia sostener mas su ausencia y sus retardos acerca del ministro , que ya empezaba á no querer dar oídos á sus excusas : así pues viendo la urgencia , decidió dar el golpe sin demora. Sin embargo para ganar tiempo escribió á aquel caballero que hiciese presente al conde-duque de Olivares que ya hubiera llegado á Madrid si hubiese tenido suficiente dinero para hacer el viage y presentarse segun exigia su nacimiento y el rango que tenia en el reyno , y que en quanto hubiese recogido los fondos necesarios , se pondria en camino para presentarse en la corte.

Seguidamente examinó con la duquesa y Pinto los diferentes medios que se presentaban para la egecucion de su designio , y al fin se decidió , que desde luego se asegurarian de Lisboa , pues siendo la capital ,

daria el impulso á todo el reyno ; que el mismo dia que harian declarar á su favor esta ciudad populosa , se haria proclamar rey de Portugal en todas las demas ciudades subalternas ; que entre sus amigos , los que eran gobernadores de plazas hiciesen otro tanto en los distritos de su mando , que hasta en los pueblos y aldeas cuyo señorío pertenecia á los conjurados , se hiciese levantar el pueblo á fin que esta gran noticia extendiéndose en todo el reyno como un incendio general , se llevase todos los pueblos sin que los pocos Españoles que habian quedado en Portugal supiesen donde dirigir con preferencia sus armas ; que él mismo haria entrar su regimiento á la ciudad de Yelves , cuyo gobernador le era enteramente adicto ; que no podia prescribirse nada de particular en quanto al modo de apoderarse de Lisboa , pues esto dependeria de las circunstancias que se presentarian el dia del levantamiento ; pero sin embargo era su opinion que debian dirigirse los primeros esfuerzos del lado

del palacio á fin de asegurarse de la persona de la vireyna y de todos los Españoles que podian servir de rehenes para hacer entregar la ciudadela, cuyos fuegos podrian incomodar la ciudad siendo ya dueños de ella.

Dióle dos cartas de crédito para Almeida y Mendoza en las cuales les decia que como el portador estaba instruido y encargado de la egecucion de sus intenciones, solo les escribía para manifestarles su deseo de que no faltasen de fidelidad á sus promesas ni de valor y vigor en la egecucion. Establecidos estos puntos, el duque mandó prontamente á Pinto á Lisboa despues de haberle dado todas las pruebas de confianza que podian asegurarle que siempre ocuparia el mismo lugar cerca de su persona, por muy feliz que llegase á ser la mudanza que esperaba en su fortuna.

En quanto Pinto llegó á Lisboa, entregó inmediatamente las cartas á Almeida y Mendoza. Estos mandaron llamar al instante á Lemos y Corea, que Pinto mucho

tiempo antes habia ganado en favor de su amo (1). Eran dos ricos vecinos que gozaban de mucho crédito entre el pueblo, pues habian obtenido todos los empleos de la ciudad, y podian disponer de un considerable número de artesanos que ellos mismos ocupaban. Estos ya desde muy de antemano se habian esmerado á fomentar y entretener el odio de los artesanos contra los Españoles, esparciendo al efecto rumores sordos de nuevas imposiciones que deberian exigirse á principio del año : ademas habian despedido maliciosamente á varios jornaleros, principalmente á los mas revoltosos, so pretexto de que hallándose arruinado el comercio, ya no podian mantenerles ; pero el verdadero motivo era para que la miseria y el hambre les condujesen mas fácilmente á levantarse ; y con todo de cuando en cuando les daban algun socorro para tenerles siempre adictos. Tenian ademas inteligencias secretas con algunos demagogos

(1) *Lusitania liberata*, l. III, c. 2.